= Tachado por la censura =

HOMENAJE A LOS QUE NOS HAN SEGUIDO

por Max Aub

Después de los cincuenta vienen los cuarenta, siguen los treinta, los veinte, etcétera. La vida es al revés, no se cuenta, como enseñan: 1, 2, 3, 4, 5. Al contrario, primero los más viejos, después los que los siguen. No aseguro que esté bien hecho, pero así es. La prueba: generalmente -menos en la guerra y por accidentes- mueren primero los ~~más viejos~~ ayer amos. Lo indico para restarle énfasis a "los que nos han seguido". ¿Qué remedio les quedaba?, pero, como siempre, el quid está en el cómo.

Es difícil hablar de su patria cuando uno se hace viejo, lejos de ella porque ¿cómo es aún sabiendo cómo está?. No hay más imágenes que las traídas por el aliento -o el desaliento- de las palabras ajenas. Cuentan y no acaban. Sin grandes variaciones, optimistas y los que no lo son, coinciden en que lo único visible de la vieja semilla de la libertad que, en su día -por la fuerza de las cosas-, encarnamos, son estudiantes y escritores. Demasiada honra para los que sólo sabemos escribir. Evidentemente -sin remedio- hay más; pero lo que se oye, los que dicen lo suyo y lo de los demás, tartamudos a la fuerza, son los escritores (no hablo de hacer, que es distinto). Casi todos -¿por qué no todos?- los jóvenes poetas, novelistas, ensayistas españoles que valen están con lo que mal defendimos. Consuelo evidente pero consuelo sólo. Vistos desde tan lejos ¡qué ternura, qué amor, qué confianza, qué estima, qué querencia, qué cinco sentidos puestos en ellos!

Ignoro, naturalmente, cual fue, en general, la relación íntima de los escritores españoles de generaciones pasadas con las que

los siguieron pero supongo que no pasarían de las afinidades electivas. Poco hay de ello en lo que me une a las nuevas generaciones, entre otras cosas por la distancia. La ligazón es de otro tipo.

¿Cómo nos vieron crecer y combatir los escritores del 98 o sus epígonos? ¿Qué estímulo recibimos de Baroja, de Azorín, de Pérez de Ayala? (Ortega es otro problema, como lo fueron los críticos). ¿Por qué? ¿Eran secos de corazón? No. Encerrados en sí, no sintieron crecer, fuera de sí, España bajo sus piés -crecer, estremecerse, encogerse-, o callaron.

Tal vez el destierro nos ha servido ante todo para fijarnos y para que nos fijemos más en las raíces, raigones, brotes familiares. Y ¡qué pujanza, qué orgullo, qué fraternidad no vamos a sentir ante tantos que, aherrojados, nos van haciendo saber que no morimos en vano!

Aquí pondría, para los bien nacidos, los nombres que todos sabéis -y no sólo de memoria-. No lo hago por no servir a la policía, cáncer universal, ~~tan español de estos días amargos y esperanzados~~.

No somos nosotros ya, sino ellos. En ellos descansamos. A ellos debemos lo que somos y seremos, si algo hemos de ser.

Aunque no queramos, todos somos unos. De otros venimos, a otros. Siempre somos hijos de los mejores. Si rascáis mi corteza hallaréis la savia de Cervantes, de Quevedo, de Galdós, y aún los humores -buenos y malos- de Ortega, y los de Tolstoi y los de Martin du Gard. (Y en los del peor poeta, los de Becquer, Rubén, Juan Ramón por no traer a cuenta y cuento a Gil Vicente, a Garcilaso, a Lope, a Quevedo o a Jorge Manrique).

~~Eso~~ Quisieron arrancarnos de cuajo de España, sin lograrlo. Allí, más vivos que nunca, Antonio Machado, Federico García Lorca, Miguel

Hernández y, ~~claro,~~ los vivos que no nombro, en la sangre de los muertos.

¿Cuántas veces me ví y veo en Aleixandre, en Dámaso, en Cela, en Otero, en los más jóvenes, cuando más jóvenes mejor, porque cada vez veo y nos y los veo más adelante? Lo poco que hacemos, para ellos. Aunque no podamos nada, para ellos. Lo que hicimos ¿si no para ellos, para quién?

Lo prodigioso: que no sólo no nos defraudaron sino que nos dan lo más que se puede pedir cuando nos vamos quedando solos -y que se solía perder, según dicen, en tiempos pasados-: esperanza.

No desertaron, no se quedaron en el campo en el que crecieron, no nos volvieron las espaldas, no apostataron ni mudaron nuestro intento. Gracias a ellos no nos cubre la tierra, ni siquiera los traidores entonan nuestras exequias.

He aquí que, gracias a ellos, lo que hicimos no se secó. Toman el toro por los cuernos. A su edad, solíamos irnos por los caminos extraviados y deleitosos de la poesía pura. No se dejaron. Han ido, van, querenciosos, hacia un mundo más justo, más libre, en el país más injusto, encadenados. Ordenan las imágenes que ahogaron nuestra edad -la de ellos, hoy-. El dolor que dejamos -lo que abandonamos- les formó: otra vez, los detritos, abono. La bandera que empuñan, aunque a veces no lo sepan, fue la nuestra o, por lo menos, el asta es idéntica. ¿Cómo no ha de estremecérsenos el corazón al divisarlos?

Nada nos deben: nosotros, deudores. En ellos nos reconocemos. ¿Cómo pagarlos? No les dimos nombre, son ellos los que nos lo legan siguiendo el correr natural del tiempo.

Con la censura a cuestas recorren largos caminos. Si tropiezan vuelven a la carga, con la carga en los hombros, como lo que son, antes que nada, hombres. Gracias a ellos, si no hemos de volver a

pisar nuestra tierra, nos quedará para siempre el consuelo de no haber vivido en vano.